

empezaba poco antes de salir para Querétaro. Así es que se
revela a parte el título de soberano, y al tener que recibirlo
como tal, Monseñor Maestro de Cámara de S. M. el Sr. D. Juan
Bautista, al dar sus órdenes a los otros señores y damas
miembros de la corte para que asistieran a la solemnidad
no puso en las escuelas oficiales "al Emperador de México" como
es costumbre siempre que visita el Vaticano un príncipe reinante
sino "al Arzobispo Fernando Maximiliano que ha tomado el título
de Emperador de México."

Por largas conferencias tuvo, entonces, con el Sr. Padre, y
asentado ya en México Maximiliano, hijo que en ellas había arri-
gado los asuntos religiosos de este país. Además de la nota ori-
ginal del General Anselmi, que no se permitía publicar íntegra
en México, y que no se da de acuerdo con el Sr. Arzobispo,
Pío IX en una conversación particular declaró expresamente lo
contrario, añadiendo que cada vez que se permitía haber puer-
to de tratar acerca de esto, Maximiliano hábilmente había hecho to-
mar otro giro a la conversación.

Aunque no era dudoso el salir entre el dicho Sr. Arzobispo y
Pío IX de Griso y el Sr. Arzobispo monarca, pareció increíble-
mente entonces que habiendo emprendido el viaje a Roma, precisa-
mente con este objeto, se olvidase de él al llegar, y dejara el
santo principal, por no decir único, de su entrevista con el Je-
suíta de la Iglesia, para entretenerse en pláticas que no venían al
caso. Parecería increíble aun hoy día, si no fuéramos inescus-
tas las testimonios de que en medio de su arbor por el trabajo y su
laboriosidad verdaderamente germanas, lo dominaba cierto espíritu
de trivialidad (quizá aparente e hijo de un educador capellán
resaca, o calculada para fines políticos) aun en los momentos más
solemnes. Los Sr. Riva Palacio y Martínez de la Torre en su
MEMORANDUM sobre el proceso del Arzobispo, dicen: "Esta argu-
ta de quien mira de cerca la muerte de un defuncto, no la com-
prendió sin duda el Arzobispo en nuestra patria entrevista, que
fue a las diez de la mañana del día 5 de Junio de 1867. Nos re-
cuerdo conmovido y sin ocuparse de su situación, nos preguntó
por muchas personas de la Capital y de fuera... Fue necesario
interromper esta conversación vaga y algo extraña en tan solen-
nes momentos para listar algunos puntos de la "Semanas". Otros e-
jemplos podríamos citar, pero no son necesarios a nuestro obje-
to. Perdona, oh Príncipe, que turbemos el reposo de tu espulso,
recordando hechos que no cedan en tu alabanza! El honor de nues-
tra Madre la Iglesia Romana lo exige, y nuestra conciencia lo
exige, la fidelidad a tu augusta memoria y todos nuestros senti-
mientos callan ante tan sagrada exigencia."

En esta época, en efecto, Roma empezó a mirar al Imperio con
ENJOJO. No le faltaba, por cierto, razón. Con tan grande inestabilidad

había pedido Maximiliano un enviado del Pontífice, no contentán-
dose con un encargado de negocios, ni siquiera un internuncio; si
no exigiendo un nuncio, a pesar de que él sostenía en Roma una
legación y no una embajada. Vino el nuncio, y todavía están fres-
cas en la memoria de todos, los desaires de que fué víctima: con
súltense documentos oficiales de esa época, y se verá que al pa-
so que se promulgaban leyes contra la Iglesia, en alguno de e-
llos claramente se insinúa que "el Papa faltó a la palabra dada-
al Emperador." Esto puso el colmo a la indignación del Pontífice
y de todos los Romanos. "Se ha metido a sacristán, como José II,
decía Pío IX en una conversación particular con uno de su corte,
ay de Maximiliano!" "Ha dejado atrás a su maestro Napoleón," se
repetía casi en los mismos términos así en las antecámaras Ponti-
ficias, como en los salones de los Cardenales y Príncipes /Roma-
nos, y en las tertulias de los nobles, prelados y particulares.-
Por este mismo tiempo un anciano Jesuita español, que ocupaba en
Roma un alto puesto en su orden, maestro que fué de Zorrilla en
el seminario de nobles de Madrid, exclamaba: "Recuerde Maximilia-
no que en México saben fusilar emperadores." El mismo, al saber
el número de víctimas de las cortes marciales francesas, decía -
adolorido y evocando tristes recuerdos: "Han empezado como en
España; ay de los franceses, acabarán como en España!" La catás-
trofe de Querétaro y las sangrientas represalias de San Jacinto,
justificaron la predicción del venerable hijo de San Ignacio.

Nos hemos detenido en enumerar estos hechos, para hacer ver -
la opinión que predominaba en Roma acerca del Imperio Mexicano, y
las justísimas causas de sus enojos. Por ellos se verá que no te-
nía Roma UNA NIEBLA ANTE LOS OJOS, que NO ESTABA AL OTRO LADO --
DEL MAR, sino junto a Maximiliano, cuando éste se dirigió a ella
por primera vez. Con un monarca que todo lo era, menos monarca, y
cuyo trono se desmoronaba cada día, y que tan graves ultrajes ha-
bía hecho a la Religión y al Supremo Jerarca, era posible hacer
un concordato, que debía influir en los destinos del país, dura-
ra o no el efímero imperio? Aun cuando hubiera sido fácil, la
torpeza de los comisionados que envió Maximiliano lo hubiera
trastornado todo. No nos toca señalar los numerosos errores di-
plomáticos de esa heterogénea comisión; Zorrilla dice en su car-
ta-apéndice en prosa a Alarcón que "anduvo muchos meses por Roma
sin dar con Su Santidad." Falso: encontró al Santo Padre aun más
presto de lo que hubiera deseado, y escuchó de sus labios pala-
bras que quizá hubiera preferido nunca oír. Fué recibida, es cier-
to, en forma privada e introducida, no por los salones, sino por
un pasillo secreto; y a los cuatro días, uno de los tres miem-
bros, cuyo carácter lo ligaba más con el Sumo Pontífice, tuvo
una larga audiencia de tres cuartos de hora: no referiremos lo
que pasó en estas entrevistas secretas; sólo narramos lo que

había pedido Maximiliano un envase del Pontificio, no contentándose con un envase de negocios, al alfiler un intercomunicador; al no existiendo un punto, a pesar de que el pontificio en Roma una legación y no una embajada. Vino el punto, y todavía están tres cas en la memoria de todos, los detalles de que fue víctima: los antiguos documentos oficiales de esa época, y se verá que si se se que se promulgaban leyes contra la Iglesia, en alguno de ellos el papa León a la palabra dada. Este punto a la indignación del Pontificio al Emperador. Este punto a la indignación del Pontificio y de todos los Romanos. Se ha metido a secretar como José II, deca Pío IX en una conversación particular con uno de sus corte, de Maximiliano. "Se ha metido a un maestro Napoleón", se repite así en los mismos términos así en las antecámaras Pontificias, como en los salones de los Cardenales y Príncipes Romanos, y en las tertulias de los nobles, grandes y particulares. Por este mismo tiempo un anfitrión español, que comparecía en Roma en este punto en su orden, maestro que fue de Cortés en el seminario de nobles de Madrid, exclamaba: "Recuerda Maximiliano no que en Méjico saben trazar emperadores". El mismo, al saber el número de víctimas de las cortes marciales francesas, decía: "España; ay de los franceses, se batían como en España", la está- trofe de Guertano y las sangrientas represalias de San Jacinto, justificaron la predicción del venerable hijo de San Ignacio.

Nos hemos detenido en enumerar estas hechas, para hacer ver la opinión que predominaba en Roma acerca del Imperio Méjicano, y las justísimas causas de sus errores. Por ellos se verá que no se a la Roma UNA VERBA ANTE LOS OJOS, que NO ESTABA AL OTRO LADO DEL MAR, sino junto a Maximiliano, cuando éste se dirigió a ella por primera vez. Con un monarca que todo lo era, menos monarca, y cuyo trono se desmoronaba cada día, y que tan graves errores ha de la hecho a la Religión y al Gobierno, era posible hacer un concordato, que debía influir en los destinos del país, durante el primer imperio? Así cuando hablaba el tal, la torpez de los comisionados que envió Maximiliano a India, tratamos todo. No nos toca señalar los numerosos errores diplomáticos de esa heterogénea comisión; Zorrilla dice en su carta-apéndice en prosa a Alarcón que "anduvo muchos meses por Roma sin dar con su santidad". Tal es: encontró al Santo Padre un mes antes de lo que hubiera deseado, y se echó de sus labios palabras que quisiera haber preferido nunca oír. Fue recibida, se dijo, en forma privada e introuida, no por los señores, sino por un pafio secreto; y a los cuatro días, uno de los tres mis- pros, cuyo carácter lo hizo más con el mismo Pontificio, tuvo una larga audiencia de tres cuartos de hora: no referimos lo que pasó en estas entrevistas secretas; sólo narramos lo que

vimos y oímos. (I)

Que lejos de haber en Pío IX oposición a un concordato con la NACIÓN MEJICANA, tenía para ello la mejor voluntad, lo prueban las amplias facultades concedidas al Sr. Arzobispo de Méjico "para ceder dejando ilesos los principios", y la asamblea de obispos que por orden de Su Santidad se celebró en la capital para fijar las bases de un arreglo, no con la persona de Maximiliano, cuya caída era ya inevitable e inminente, sino con la nación mejicana, presto o tarde, según lo pidan las circunstancias. Yerra por tanto D. José Zorrilla al poner en boca de Roma las palabras NO TRANSIJO, NO PERDONO, NO CEDO: lo ha hecho en lo particular, y sin necesidad de concordato, con mil y mil personas. Yerra al poner en boca de Maximiliano, CEDAMOS ALGO O LO PERDEMOS TODO; su política con respecto a Roma podía más bien expresarse en estos términos: ENTREGA LO QUE NO TE HAN QUITADO. Se contradice de la manera más absurda cuando hace decir a Maximiliano que, BUEN CATOLICO, SE INMOLA POR ROMA Y LIDIA SOLO. Ser buen católico y separarse de la Unidad; inmolarsé por Roma lidiando por principios que no son de ella y por los cuales justamente ha quedado solo! A quién pueden ocurrir semejantes contradicciones?

En el citado diálogo hace el poeta de toda la cuestión religiosa un NEGOCIO MERCANTIL; no hay en esto verdad, ni mucho menos poesía.

En cuanto a su aserción de que "hoy de Roma está Méjico más lejos," ni la impugnamos ni la defendemos, sentando únicamente las cuestiones que hay que examinar para su solución. Cuál mal es menor, el Josefismo, o el revolucionarismo, la absorción de la Iglesia por el Estado, o la independencia de la Iglesia y el Estado? Es menor mal uno de los dos, o los dos reunidos en cierta dosis como estaban bajo Maximiliano? Sería menos desventajoso para la Iglesia de Méjico el hallarse como en Bélgica después de la Revolución de 1830, o como en Austria antes del Concordato; como en Nueva Granada bajo el Presidente Mosquera, o como actualmente en los Estados Unidos?

Del diálogo entre Maximiliano y Francia, y de la fantasía que sigue, nada diremos, contentándonos con copiar lo que el mismo Zorrilla dice en su carta-apéndice citada:

(I) El autor de estas líneas, en su calidad de camarero secreto, estaba de guardia en la antecámara Pontificia, cuando fué recibido el Obispo titular de Cáradro, miembro de la comisión, y habló con él largamente, antes y después de la audiencia.

En el libro tercero, escrito por el autor, se narra la vida de un poeta que, tras haber estado en el extranjero, vuelve a España. El libro está dividido en tres partes: la primera, que trata de su estancia en el extranjero; la segunda, que trata de su vida en España; y la tercera, que trata de su muerte. El autor tiene sentida como

V I

Recorreremos con más brevedad el libro cuarto, intitulado FE Y PATRIA (fijémonos bien en el epígrafe). Es la vuelta del poeta a España. Sin duda que en su ansia de ver a su patria, pasará los días y las noches en el puente del bajel que lo lleva directamente a Cádiz, y el día del arribo lo hallaremos, como a Cristóbal Colón la noche del descubrimiento de América en la "alta popa," o aun quizá sobre el más elevado mastelero del vapor-correo. Saltará a tierra en el primer bote, o aun quizá se arrojará a nado, besará las playas andaluzas, y veloz como el rayo, olvidado de todo, se lanzará en el primer convoy del ferrocarril, y en pocas horas estará en Madrid, Valladolid y Burgos. Nos engañamos: es algo más paciente el Sr. Zorrilla. Tomó el vapor Francés, o quizá el Inglés, y en vez de dirigirse directamente de París a Burgos y Valladolid, lo que hubiera podido hacer en pocas horas por el ferrocarril, fué a dar la vuelta por Cataluña, cruzó la frontera en diligencia, se bajó en la aduana, sacó sus llaves y su pasaporte, abrió sus baúles, etc., etc. Todo esto nos lo describe al principio de su cuarto libro, y demos gracias a Dios que al hablarnos de los gritos de los postillones, sólo expresó el de "Mare de Deu de Monserrate," y no las bellas palabras que a cada instante pronuncian los cocheros españoles. Al oír al poeta mismo animar a los caballos con gritos y exclamaciones, temblamos pareciéndonos que iba a estampar una muestra de esa hermosa porción del vocabulario castellano; por fortuna se contentó con repetir en catalán la invocación del mayoral a la MARE DE DEU.

Olvidado de Maximiliano llega el lector imperial a las márgenes del Pisuerga, y recorre extasiado las calles y plazas de Valladolid; no lo seguiremos en su excursión. El día en que cumple cincuenta años, 21 de febrero de 1867, hace una plegaria a la Virgen de San Martín y deposita sus lauros y coronas poéticas al pie de sus altares. Aunque se observa cierta tibieza en la plegaria, que abraza diez y seis octavas, forma, no obstante, contraste con los sentimientos poco ortodoxos del libro anterior. Dedicó otras diez octavas a los jóvenes redactores de la "Crónica Mercantil" de Valladolid: en las estancias marcadas con los números 39 y 40, hallamos una imitación, que no nos atrevemos a llamar plagio, de Lord Byron; en la 41 muestra el poeta grande ingratitud hacia Méjico. Cuando encontró Zorrilla odio y asechanzas en nuestro suelo? Fué siempre objeto de la admiración general y las personas de todas opiniones y partidos lo obsequiaban a profusa y codiciaban su amistad.

En el número XLVI cambia de metro y, parodiando al parecer a su "D. Juan Tenorio", entra el poeta a buscar los huesos de sus